

ENTRE

Cuentos y Versos



Daniel López Ruiz

ENTRE

Cuentos y Versos

© Daniel López Ruiz, 2017

I.S.B.N: 978-84-697-5032-2

Ilustraciones y diseño del libro: Santiago López
Imagen de la cubierta: Olga Cardeña

ENTRE

Cuentos y Versos

Daniel López Ruiz

Para ti, que me lees,
porque sin ti nada de esto tendría sentido

índice

Entre sueños 12

Café amargo	14
Mangata	16
Recuerdos de sueños	18
Luna y Sol	20
Dos mejor que medio	22
Viaje astro-corporal	24

Entre Asfalto 26

La mitad del mango de un paraguas	28
Me persiguen las bufandas olvidadas	30
Sin techo	32
Blue Monday	36
Carreteras solitarias	38
Desalmado	40
Cuándo	42

Entre Olas 44

Como dos gotas de agua	46
Sentado en el muelle de la bahía	48
La farera	50
La isla sin tesoro	54
La sirena friolera	58

Entre Líneas 60

Grito en silencio	62
Deudas del amor	64
Buhardillas	65
Revolución Virtual	66
Concurso de versos	68
Huelga contra la wertducación	70

Pasta de dientes	72
Trilogía erótica I	74
Trilogía erótica II	75
Trilogía erótica III	76
La parábola de la sonrisa	78

Entre Bucles	80
---------------------	-----------

Equilibrio	82
La coz de la hormiga	84
Bocados de septiembre	86
Negativo	88
Siempre fui, y aquí me tienes	92
Demonios	94
El mar de los naufragios	96
Haber llorado	98
Despedidas	99

ENTRE

Sueños



Café AMARGO



Siempre tomas un café antes de salir camino del trabajo. El crepitar del café bullendo en la cafetera impregna de vapor la cocina y te humedece la piel y la memoria. Los ritmos y los sonidos entrechocan en tu cabeza, ejerciendo de acicates para el recuerdo.

El gorgoteo del agua ennegrecido cae a borbotones sobre la taza. Recuerdas las lagunas de negrura en que nadaste una noche de oscuridad, ocupando propiedades privadas en las madrugadas calurosas de verano. Choca la emoción de esas noches con la plácida monotonía que te acompaña en el desayuno matinal. Somnoliento aún, esperas que la cafeína estimule tu vitalidad y aplaque el cansancio.

Al probar el café, el primer regusto amargo no te espanta como antes. Te extraña que la amargura espesa de la taza ya no sea tan difícil de tragar. Contrasta la dificultad para endulzar el brebaje, cuando en otros momentos el dulzor del azúcar y el de la vida se agradecían y paladeaban con facilidad.

“Va a resultar que saboreo mejor las amarguras que las dulzuras”, piensas. El tintineo de la cucharilla te hace recordar los desayunos de la infancia. El chocolate y las galletas llenaban tus arranques de energía, y tu paladar de ánimo. Al volver al presente deduces que, por mucho edulcorante que añadas, los recuerdos y el café saben mejor sin aditivos.

Lees el periódico con poco entusiasmo, dispuesto a no creerte mucho de lo que cuenta. ¡Qué fácil les resulta exagerar a los signos de exclamación! ¡Cómo les gusta ironizar a las “comillas”! ¡Cómo tergiversan los signos de puntuación! El recuerdo de los cuentos de verano se mezcla con esas letras, Resuenan en tu cerebro los tebeos, las novelas juveniles, las primeras aventuras en letras, que te envolvían y te llevaban a mundos irreales y deliciosos... Con tanta evocación, no encaja tu sonrisa ante las atrocidades que escupen los diarios, así que recompones el rostro, a tu pesar.

Fregando la taza del desayuno encuentras posos de café y restos de miga de galletas en el fondo del cuenco. Tu memoria se remueve en su fondo, en el momento en que grumos de recuerdos se dispersan en tu mente. Rebuscas en la taza la imagen cuando, en vez de camino al trabajo, te lanzabas a la vida infantil del colegio. Recuerdas los posos de tus días de estudio, del niño ilusionado que descubría algo nuevo, una nueva mañana radiante y esperanzadora.

Eso sí que es difícil de conseguir ahora. Y te preguntas si era el café o es tu ánimo el que está amargo.

MANGATA

Los suecos llaman mangata al camino que deja la luz de la luna sobre la superficie del mar. Hoy he soñado contigo, y me has dejado la misma mangata al despertar. Tu imagen era borrosa, diluida, salteada en mis sueños húmedos, y casi tan brillante como tú misma. Me he despertado con la ilusión de que aún fuera de noche y pudiera observar la luna reflejada en el mar, pero sólo he podido vislumbrar tu imagen descubierta en los charcos de la calle.

Las arrugas de las sábanas me hacen fantasear con que es tu piel la que provoca mis dobleces. Me imagino tu cuerpo arrebujado entre telas que se amoldan a tus curvas, como un envoltorio que muestra lo mejor al abrirlo. La cama, recién levantado, es como el mar turbio que devuelve tu imagen indefinida, irradiando entre las olas los destellos de tu visión difuminada.

Aun así, me gusta hacer la cama. Airear las sábanas, estirarlas, recrearme alisando las arrugas como si estuvieras bajo ellas, y doblar con mimo el embozo para dejar una envoltura perfecta. Al colocar la almohada en el cabecero, bien estirada, imagino de nuevo esa mangata, ese camino de luz hasta ti, tan liso que ahora se adivina perfecto tu reflejo.

Las sábanas estiradas me devuelven tu imagen reluciente como la luz de una mañana brumosa pero con ganas de iluminar el día. Por lo visto, en algunos sitios se da un fenómeno parecido, las noches blancas, donde, aun sin la presencia del sol, la luz permite convivir sin luz artificial. Sin embargo, es más difícil sobrevivir sin tu luz ni tu reflejo de vez en cuando.

Me gustaría probar algún día, en algún país escandinavo, eso que llaman el sol de medianoche. Experimentar la completa tranquilidad de un día sin noche, y por lo tanto una noche entera con un frío sol de

invierno. Seguramente no podría mantenerme en la cama, y no podría soñarte como hoy, pero al menos me despertaría tu reflejo.

Sin embargo, en el solsticio de invierno se da otro fenómeno, la noche polar, donde el sol no aparece durante largos periodos de tiempo. Este fenómeno produce alteraciones en el estado de ánimo. Yo lo entiendo perfectamente, pues a mí se me hace cuesta arriba mantener el ánimo cuando tú no estás. Aunque sea un frío sol de invierno, y aunque sea en sueños, necesito de tu luz para seguir tu mangata.

Recuerdos de SUEÑOS

Todo el mundo sueña con un encuentro de película. Quizá encontrarse con una chica guapa en el autobús. Incluso el más tímido sueña con verla dirigirse a la salida cuando llega su parada. Con suerte, el sueño irá más allá y ella también hará el mismo transbordo, subiendo en la misma dirección en el metro que le lleva a casa. Él, envuelto en su burbuja de timidez, no se atreverá a decir nada, se bajará del metro en su estación, y ella desaparecerá en el túnel junto a su vagón y sus esperanzas... y se despertará.

Pero con suerte, la noche siguiente volverá el sueño, y se repetirá machaconamente hasta que él ose decirle algo a ella. Quizás empujado por un conductor suicida, que toma las rotondas como si tuviera que comprobar la estabilidad de la carga humana y la salud cardíaca de los viajeros.

Con suerte, ella le mirará a los ojos y ante el gesto de alivio de él, sonreirá y bajará la mirada, tímida también. Él volverá a bajarse en su parada, y ella bajará junto a él. Al fin, él se atreverá:

- “Menos mal, creí que no salíamos vivos”.

Ella se reirá. ¡Qué sonrisa más bonita tendrá!

Con la excusa del recién descubierto respeto por la vida, él le comentará que ya la ha visto alguna vez, pues van en la misma dirección. Casualidades de la vida,

- “Ya llevaba varios días viéndote en el autobús y en el metro”.

- “¿Sí?”.

Entablada la conexión, se repetirá durante sucesivos encuentros, siem-

pre durante el mismo trayecto. Cada vez le apetecerá más encontrarla, y cada vez ansiará más preguntar si querrá volver a casa con él, ya que ambos van en la misma dirección. Él dejará pasar autobuses en la parada, esperando verla. Ella iluminará la calle con su sonrisa cuando le vea sentado en la marquesina. A él le temblarán las piernas cuando ella entre en el autobús, cuando sonría al conductor y a él, de forma tímida, le baje la mirada manteniendo la sonrisa.

Pasadas noches en vela soñando, se iniciarán encuentros fuera del trayecto común. Se sucederán paseos nocturnos, excusas para verse, conversaciones tumbados mirando lunas tan grandes que se podrían tocar... No faltarán las miradas furtivas, los besos a escondidas, los miedos y los deseos... Y vendrán los impulsos irracionales, incontrolados, inconscientes y románticos. Benditos latigazos del inconsciente liberado en los sueños.

Pero como en todo relato fantástico, llegarán los miedos, las tomas falsas de toda fantasía, las incongruencias, las pesadillas. El sueño se desenfocará, se volverá borroso y la vida se llevará los últimos retazos de la ensoñación.

Quedarán en la memoria recuerdos de un tiempo lejano, certezas de que probablemente sólo fue un espejismo, que una historia así sólo se da en las películas, y en los sueños... Pero que aún revuelve sentimientos cuando se cuela en los insomnios.

Luna y SOL

Lo decía algún patético escritorzuelo, en relación a los amores platónicos: “Es como tocar una estrella. Sabes que nunca lo conseguirás, pero no puedes dejar de intentarlo. Y en los momentos en los que olvidas que es imposible, la sensación es increíble”.

Hubo un tiempo en que se pensaba que la luna era la cara oculta del sol, su parte de atrás.

La corriente científica argumenta, con vehemencia, datos y clarividencia, que el astro rey provoca la luz que el satélite refleja, pálida y agujereada, con sus crecimientos y decrecimientos en forma de cunas.

Los románticos se mecieron y colgaron de la luna para escribir sus elegías, la usaron como candil para sus lóbregas aventuras, y estiraron la noche hasta el amanecer, asumiendo con la salida del meteoro el fin del momento para el amor.

Los pragmáticos eligieron aprovechar el día, y aplicar a los nocturnos asociaciones con la muerte, como si de vampiros al amparo de la oscuridad se trataran. La equiparación del amanecer al nacimiento de las bondades y la vida, y del anochecer al fin de la luz y la existencia en los parámetros normales, da una idea de lo cuadrículados que somos los humanos a veces.

Pero hay una facción que disfruta de los momentos de entretiempo, del instante en que el alba despunta en un nuevo amanecer, con el sol lanzando sus primeros rayos y la luna aún a la vista entre las brumas. Asimismo, cuando el sol se esconde tras el horizonte y la luna ya asoma, aún entre el azul morado del anochecer, se observa el milagro: Sol

y Luna se encuentran. Es algo así como una duermevela astronómica, donde dos mundos se entrelazan.

En opinión del escritorzuelo, esa tercera vía abre la posibilidad a lo imposible: Que Luna y Sol sean amantes destinados a no encontrarse más que en escasos periodos de tiempo, anhelándose durante el resto de sus eternidades. El círculo, astral, vicioso y desastroso, se abre con cada aurora y se cierra con cada crepúsculo. Nunca más de unos momentos, ni menos que un instante, los amantes se encuentran, Sol ilumina a Luna hasta ruborizarla, y Luna se llena ante Sol hasta verle palidecer.

Sea como fuere, la luna y el sol libran la eterna pugna por encontrarse y dar rienda suelta a su pasión. Incluso algunos días dejan de lado a los planetas, que observan anonadados algo tan normal como que dos amantes se unan dejando un halo perfecto de luz alrededor de sus sombras, que jueguen a esconderse dejando galaxias enteras a oscuras...

Luego, los astrónomos y los meteorólogos dirán que fueron eclipses, alineación de planetas o fenómenos atmosféricos... La rueda del día y de la noche vuelve a girar... Hasta la siguiente duermevela sideral, en que los dos amantes vuelvan a encontrarse, aunque parezca imposible...

Dos mejor que MEDIO

Parece que hagan por mi vida
más otros que yo mismo.
Tienta abandonar, para variar
la tarea a mitad de camino.

El otoño agudiza la tristeza
y la calvicie de ilusiones.
El amor me repele
con la fe del converso
al que ya no se la dan con versos.

Hay refugios, al menos
de cariño y amistad
donde relucen llamas
de esperanza y consuelo.

De cueva en cueva,
rapiñando abrazos y desvelos,
sigo siendo nómada de afectos,
impulsor de rechazos,
crímenes perfectos
sin sábanas de repuesto
y amores descafeinados.

Duele no ser apuesto
caballero enamorado,
pirata ladrón de corazones
en cofres del tesoro.
Me conformaría
con no navegar a la deriva
surcando océanos solitarios.

Bastante, ya digo
es que vivo por otros.
Debería agradecerlo,
y no obcecarme
en repicar campanas
de amor y deseo.

Aférrate al colchón
y a la realidad
para no flotar,
iluso sin remedio...
Pero a ver quién
se resiste a soñar,
a querer ser más
dos mejor que medio.

VIAJE astrocorporal

El universo ha dejado de producir estrellas. Será por eso que me empeño en recurrir a mis sueños para asociar los destellos de tus ojos con los relámpagos que me hacen falta para disfrutar de un viaje especial y espacial.

Me pones entre la almohada y la pared cuando te sueño y me invitas a hacer turismo sideral. Sigo cada mechón de tu melena que desemboca en la vertiente del mapa astral de tu cuerpo entre las sábanas.

Te rasgaría cada pelo hasta sacar melodías a tu cabello, uniría tus lunares con el dedo hasta dibujar las constelaciones de tu piel. Me inventaría rutas galácticas entre tus extremidades. Sentiría vértigo al apoyarme en el peralte de las curvas de tu cuerpo, al zigzaguear por tu ceño fruncido por una vez de placer, ya que no hay preocupación sin gravedad.

Haría acuaplaning en los humedales de tus ojos, resbalaría entre los baches de tus labios y me hundiría en el agujero negro de tu boca. No se me ocurre oquedad más dulce donde despeñarme. Borraría tus mejillas hasta unir las con los caracoleos de tus caricias en mi nuca.

Tengo obsesión por deslizarme por cada uno de los poros de tu cuerpo y decirles que no es verdad, que su calor no se pierde, que yo lo recojo. Mis manos están deseando recorrer el mapa de tu cuerpo. Me reitero en medir con los astrolabios de mi boca la distancia interestelar entre los volcanes de tus pechos, promontorios ineludibles prestos a la erupción explosiva de tu palpitir, escondido en tu abismo más insondable.

Recorrería cada parcela de tu piel, me resbalaría por tus uñas y envolvería tus dedos uno a uno. Abrazaría tu frío desnudo hasta contener tus escalofríos a base de abrazos, como si fuera una manta contra terre-

motos. Descubriría la completa planicie de tu estómago, hasta asomarme a la original cueva de tu ombligo y a otras cuevas menos virginales.

Me siento un náufrago con la necesidad de descubrir, cual turista embelesado, todo tu cuerpo sideral. Y sin embargo, mi intención es más que superficial. Mis ansias de aventura no se acaban al recorrer tu envoltura. Quiero envolverte, sí, pero para encontrar tus recovecos y colarme en tus entrañas. Latirte un poco a contrapelo, cambiarte los ritmos y explorar tu interior hasta tu núcleo, fundirme en lo más profundo de tu emoción y sentirme atrapado en la esencia de tu ser.

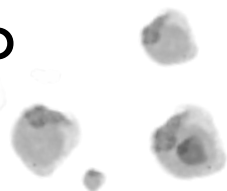
No se puede estar más cerca del sol sin quemarse, y encantado me haría Ícaro y me precipitaría a tu precipicio con tal de llegar a estar tan dentro de ti como para que se derritieran mis alas. No puedo soñar aventura galáctica más especial, ni sueño cósmico más universal que el viaje por tu cuerpo y tu alma.

ENTRE

Asfalto



La mitad del mango de un **PARAGUAS**



Todo empezó como acabó, a pedazos. Las primeras veces que ella pidió un cupón de lotería en el bar él ni siquiera se percató de la repetición de su presencia. Sería la clienta mil millones que le pedía que le diera un vaso de agua y un billete de ida a otra vida.

Con el paso de las ocasiones y de las estaciones, su visita se fue haciendo imprescindible. Cuando le pedía el vaso de agua acercaba deliberadamente su mano para rozarle los dedos. Con el tiempo él hasta creía sentir, antes de que ella entrara en el bar, sus pasos crujiendo sobre las hojas de otoño por la Gran Vía. Más de una vez ella se dejó el paraguas colgado en la barra. Él, al ver la mitad del mango aferrado al mostrador, sonreía, lo cogía y salía corriendo, solícito, para devolvérselo, y de paso, verla bajar desde Callao hacia Sol, perdiéndose entre la gente. Ella, agradecida, se marchaba contoneándose sobre sus tacones, sabedora de ser la admiración de su camarero.

Cuando ella le pidió pasar unos días en su casa, entre mudanza y mudanza, él ya sabía que no era para ocupar su sofá. La primera noche la pasaron separados por un tabique hasta que ella, de madrugada, le despertó para preguntarle si podía dormir con él, porque tenía frío. Él le dijo que no, porque no dormirían. Y tenía razón.

Sufrieron los devaneos y las locuras de una relación tormentosa durante meses. Poco a poco, pasaron del furor delicioso de la cama a la frialdad de la cocina. Él vaticinó en silencio la muerte de los orgasmos cuando comprobó que ya se encendían más uno frente al otro delante del horno, que uno sobre otro en la cama. La esquila se firmó cuando una tarde que ella fue a verle dejó el paraguas colgado en la barra, y él no se fijó hasta la hora de cerrar. Cuando volvió a casa ella no estaba,

y su maleta tampoco.

Quién iba a decirle que echaría de menos el rodar de la persiana hacia el cielo, los reflejos de la luz en su cara despertándole, su caminar descalzo en busca de café y calor, su manía de dejarse todo olvidado. Esas cosas que le molestaban cuando ella estaba, eran las que más echó de menos los primeros días.

Eso, y ver de vez en cuando, colgado en la barra, la mitad del mango de un paraguas.

Me persiguen las bufandas OLVIDADAS

En la percha cuelga una bufanda solitaria. Cada vez que entro en el bar, mi café se remueve automáticamente, mientras miro la prenda y me imagino su historia. Su imagen me envuelve con ambas puntas apuntando al suelo, como una mueca eterna de tristeza en tela.

En mi perchero cuelgan las mías. Me refiero a mis bufandas, claro. Mis tristezas cuelgan en letras. Como decía, penden del perchero, como hojas de sauce llorón, simulando tocar con sus flecos la punta del suelo, en un alarde de flexibilidad.

Me provocan sentimientos ambivalentes. Me gusta perderlas a veces, las bufandas, digo, porque así al recuperarlas me pasa como contigo, que tienes cosas que contar de otros lugares, y tu piel tiene el tacto de otros aires. A veces me siento frío y echo en falta su vuelta, de las bufandas, digo, y quiero que vuelvan. Como me pasa contigo, que al tiempo de no saber de ti, parece que me falta algo. Afortunadamente, las redes sociales entretejen lazos y los encuentros esporádicos me consuelan en el calor fúgil de un encuentro.

Me las pongo a veces, y a veces me encantaría olvidarlas, a las bufandas, digo, para no ahogarme. Me siento perseguido por las bufandas olvidadas. A mí, que nunca me gustaron las ataduras ni los complementos, que no aguanto los colgantes, las pulseras, los anillos ni los compromisos, se me aferran esas tiras de tela suave, se me enredan al cuello, me rascan cuando no me afeito, pero me agrada su tacto en los días fríos, envolviéndome. Es una sensación extraña, sentirme rodeado de caricias de las que, en otro tiempo, hubiera querido escapar.

Más o menos, me pasa como contigo, que en otro momento te hubiera odiado, y viéndote un viernes, yo sin afeitar, te habría besado hasta arañarte la piel. Sin embargo, te sueño a mi lado un domingo acompañándote a la estación, yo recién afeitado, y tú enlazándote con tus brazos a mi cuello, como una bufanda suave que me envuelve porque me persiguió al quedarse olvidada en una percha.

Eso reconforta, aunque sólo sea un sueño que me abriga, que me hace sonreír al ver mis bufandas colgadas del perchero, y que suaviza la nostalgia al ver la bufanda olvidada en el bar, como un amor abandonado.

Sin TECHO

La encontré una noche merodeando por el barrio. Yo andaba de paseo y me senté en un banco del parque frente a unos pisos en permanente reforma, con andamios y telas protectoras. Se sentó a mi lado y pegó la hebra. Era algo mayor que yo, y se notaba que era guapa, aún oculta bajo la mugre y las capas de ropa.

Me contó que una vez ella tuvo una casa como esas de enfrente.

Siempre había vivido en esa casa, y la identificaba con su propio cuerpo. Su habitación ejercía de cabeza pensante, y la cama de refugio mullido y agradable donde se fabricaban sus sueños. La cocina era su estómago, donde se alimentaba y donde ahogaba sus frustraciones entre tazas de café y comida recalentada en el puchero. El salón era su corazón, donde latían sus libros para evadirse de la realidad del cemento. En el baño guardaba sus entrañas y su maquillaje para disimular sus arrugas, sus lágrimas y lo sucio de su alma, que recorría los pasillos como un fantasma buscando su lugar. Por las grietas de las ventanas, ya viejas como ojos colmados de arrugas, veía cómo se le escapaban las ilusiones como ráfagas de aire que se cuelan por las rendijas.

A la vista de la Inspección Técnica de Vivencias, o quizás de Viviendas, descubrió que su casa era demasiado vieja, y que tendría que rehabilitarla o acabarían declarándola en ruinas.

Así que se puso manos a la obra. Reformó la cocina, la alicató hasta el techo de azulejos nuevos, brillantes y que repelían la grasa, en un afán de saneamiento y adaptación a los nuevos criterios estéticos. Cambió los fogones viejos de gas propano, que calentaban su estómago con viejas cacerolas, por una vitrocerámica de última generación y una campana extractora de aire que no escupía hollín como su vieja chimenea sobre la cocina.

Derribó tabiques y amplió el salón, dejándolo huérfano de estantes y mezclado con la habitación, mostrando un espacio amplio y diáfano. Reformó el baño, rascó las humedades del techo, y sustituyó su viejo espejo roto en una punta y su vieja bañera por un gran cristal con bombillas y un suelo con desagüe que permitía limpiar el baño y vaciarse de humedad. Por último, cambió sus viejas ventanas con persianas enrolladas, de cuerda amarillenta, por unas oscilo-batientes, que permitían airear la casa por la parte superior sin arriesgarse a abrirlas del todo, así como aislar la casa de ruidos y fugas de aire del interior.

Al volver el primer día a casa después de lo que parecía una reforma interminable, se sintió extraña en su nuevo alojamiento. Sus paredes, antes rugosas y combadas, siempre habían tenido algo de barriga saliente, sin que a ella le importara lo torcidas que estuvieran. Al menos, hasta saber que las paredes redondas no encajan en los muebles nuevos. El caso es que al apoyarse, sentía que al llegar a casa ya no podía recostarse en esas cálidas paredes, y que la rectitud de las nuevas no se adaptaba a su espalda, algo torcida por el peso de la vida. Con el tiempo dejó de apoyarse en las paredes, como quien deja de palpar su propia piel, al no reconocerla al tacto.

Calentando la cena se dio cuenta de que la cocina ya no difuminaba su reflejo, sino que devolvía su sombra cansada y derrotada por el día. Al pasar los años se convencería de que la campana extractora funcionaba como un asesino sigiloso, cuya capacidad de succión aspiraba hasta su espíritu. Acabó siendo esclava de la comida precocinada, evitando pasar más tiempo del imprescindible en esa fría mazmorra. Era como comer con un previo protector de estómago, alicatando el sabor y las especias para evitar úlceras.

Intentando huir del silencioso rugir de su interior, se precipitó al salón, que se le antojó inmenso. Invadió su cuerpo el horror vacui, e intentó imaginar las paredes vacías llenas de sus antiguos libros, ahora apilados en cajas en una esquina, como enjaulados, sin posibilidad de alejarse sus letras para espantar los males que la acechaban. Esas cajas fueron reduciéndose en número con el paso de los años, al ser regaladas o

Entre Cuentos y Versos

apiladas en el trastero, tan lejos como para que su visión no reprochara el abandono al que sometió a cada obra. Algo así como un trasplante para evitar el soplo o la arritmia que marca el destiempo de un corazón al que le falta algo, ya sea el amor, o el calor humano.

Trató de decirse a sí misma que no era racional, que todo se arreglaría y disfrutaría su vida más ordenada, con más claridad y más espacio. Pero al buscar la puerta de su habitación, vio sólo otro hueco, donde ahora se encontraba un sofá cama, y ahogó un sollozo. Su reducto más cerebral, la rampa de lanzamiento hacia otros mundos más amables, se había visto reducida a una esquina hueca e insustancial, como una mente mecanizada y llena de ideas banales que desvían el entendimiento de las cosas importantes, para centrarse en detalles absurdos.

Terminó por refugiarse en el baño. Afloraron sus emociones y el espejo, que ya no estaba roto, devolvió sin embargo una imagen quebrada de sí misma, desencajada del marco de su propia imagen. Al no tener el reducto de su bañera para refugiarse, se deslizó hasta el suelo, y se consumió en lágrimas que no tardaron en arremolinarse alrededor del desagüe. Las humedades del baño volverían a aparecer periódicamente, como si de un mecanismo inconsciente se tratara, al modo de las entrañas que se resienten ante el paso de la edad y el maltrato recibidos. Algo así como las lágrimas guardadas y no derramadas que encharcan el ánimo de forma crónica.

Quiso abrir las ventanas para airear la casa y sus miedos, pero al no estar familiarizada con el mecanismo, no pudo abrirlas. Con el pasar de los años, vería que el hermetismo de sus ventanas la aislaba del aire fresco y de los susurros de la ciudad, privándola del contacto con el exterior. De ahí que sus humedades se reprodujeran, el alma fuera succionada por el extractor de humos, y sus latidos y sus pensamientos se vaciaran, aún dentro de una estructura moderna y adaptada a las normas de habitabilidad vigentes. Eso sí, convirtiéndose en inhabitable, como su vida.

Por eso era una sin techo, me dijo. El único consuelo que le llenaba

ahora era no tener un techo, y mirar las estrellas todas las noches.

Me despedí, y me marché a casa. No pude evitar sacudir la cabeza ante la locura humana, como tampoco que un escalofrío recorriera mi espalda cuando recordé cuánto se parecía la descripción de su casa a la mía.

Blue MONDAY

El tercer lunes de enero es considerado
como el día más deprimente del año.
La vuelta a las rutinas, al ritmo de vida
del que cada día quieres huir ha vuelto.

Atrás quedan días de supuesta ilusión,
de cambios, de buenos propósitos.
De nuevo el ciclo se inicia, hasta carnavales
semanas santas, y primaveras que hagan salir nuevos brotes.

A mí no me hace falta tener un tercer lunes
para que me duela la vida.
Ya se encarga ella misma de recordarme periódicamente
sus blues y sus mondays, aunque sea domingo en rojo.

Me duelen las disputas, los odios,
las ausencias y los escombros
de los proyectos de vida edificados y derrumbados.
La vida es lo que pasa mientras hacemos planes, dicen.

A mí me suena más a lo que pierdes mientras intentas ganar
tiempo, momentos, disfrute, o simplemente escapar
de esas rutinas, de lo cotidiano
a lo que vuelvo y de lo que huyo,
lo que echo de menos al perderlo, y de más al tenerlo
del sufrimiento reiterado y del vacío autoimpuesto.
No me encuentro las ganas de rebelarme
contra el blue monday
aún sabiendo que es una farsa.

La frialdad me envenena, el frío me aletarga.
Me cuesta abrirme al calor de otros cuerpos, y de otras almas
cuando la mía propia se pudre y me congela.
Tristes lunes, si los martes se antojan iguales.

Carreteras SOLITARIAS

Con mucho tiempo que perder inicio el camino, no sé si real o imaginario. Sigo la sombra chinesca de una nube proyectada por el sol sobre las faldas de las montañas. El viaje vital, o la travesía de un sueño, se inmiscuye en mis pensamientos.

No podría decir que me guste el paisaje. Ahora mismo es monótono, tedioso, desértico y en línea recta, al estilo de las carreteras yanquis de la ruta 66 o las interminables carreteras panamericanas.

Como un adolescente atrevido imagino que las montañas que se extienden en el horizonte cambiarán la monotonía del paisaje actual, que parece una vida plana, por lo sinuoso de las curvas con forma de mujer y los desniveles, hondonadas vitales por los que asomarse al abismo de las emociones. No faltan los momentos en que deseas despeñarte por esos barrancos, suplicando que el viaje termine pronto y con ello el descenso a los valles del aburrimiento o peor, de la desesperación de las depresiones, geográficas y sentimentales.

Pero el camino sigue, y la tormenta se cierne sobre el viajero. Esperaba ver estrellas fugaces, meteoros que concedieran deseos a través del parabrisas. Pero los goterones sobre el capó anuncian lágrimas y furia, como cuando una nueva zona de turbulencias te recuerda que nadie se sienta en el asiento del copiloto. De nuevo la soledad me acompaña en el viaje, y no puedo negar que es la compañera más fiel que he tenido jamás.

El camino sin escalas de la vida desafía las leyes de la cordura cuando, por toda respuesta, los carteles sólo indican una flecha hacia delante, y el único sentido no tiene sentido. Sé que recordaré las etapas de mi via-

je de forma diferente a como me hacen sentir ahora. Es de recibo, si no quiero volverme un kamikaze que conduzca sin control a la búsqueda de un camión en dirección contraria.

Ansío la amnesia del viajero viejo, que asocia lugares confusos con recuerdos más o menos halagüeños, dejando para el olvido los abandonos que te depositaron en la cuneta, con el dolor y los sinsabores por todo equipaje.

Desalmado

Por fin lo había conseguido. Le había costado años, pero por fin había acabado su obra.

No fue fácil. Hubo quien se resistió mucho, quien no se podía creer que la persona que conoció en otro tiempo se hubiera convertido en semejante monstruo.

Al principio le costó. Aún tenía reminiscencias, remordimientos al dañar a la gente. Sentía pena, temor a la soledad, a las consecuencias de sus actos, o simplemente sentía, lo cual era un impedimento. Poco a poco fue eliminando el factor emocional de sus decisiones, y acabó resultándole más fácil provocar dolor.

Dejaba a la gente en la estacada. Mentía en su propio beneficio, o por el mero hecho de engañar a cualquiera. Provocaba disputas entre sus amigos y conocidos, sembraba la semilla de la discordia y provocaba malestar en las personas que se acercaban a él, fueran cuales fueran sus intenciones.

Trataba mal a los niños, y reprochaba a los padres su mala educación. Se mostraba cruel con los mayores, haciendo ver sus carencias y su decadencia. Siempre tenía una palabra con la que sacar de quicio a la gente, y se volvió hábil en el arte de buscar el punto débil de las personas, para acertar con pocas y certeras puyas en el corazón de esa debilidad.

Hubo quien intentó aclarar algún problema con él, y asistió a arrebatos de furia y a negativas reiteradas a dar explicaciones. “Yo soy así”, solía decir. “Pero antes no lo eras”, le reprochaban quienes se atrevían a enfrentarse a esa sentencia. “Bueno, pues ahora sí. Si no te gusta, ya sabes”.

Como podría esperarse, la gente empezó a hacerle el vacío. Nadie quiere tener a su lado a alguien que le miente, le grita y le hace sentir mal por sistema. Y sistemáticamente, se fue quedando solo. Los pocos seres queridos que le aguantaron, ya sea por vínculo familiar, o por amistad duradera, fueron aumentando el tiempo entre sus visitas y la distancia en sus relaciones, quizá buscando que se diera cuenta de su mal comportamiento.

Finalmente, cuando sólo le quedó un amigo, se vio en la disyuntiva de elegir: La soledad absoluta, o conservar ese único lazo con su vida social. Se vio tentado de mantenerlo, pero le dio miedo volcar sobre alguien tanta responsabilidad. Además, a estas alturas, ya le salía natural tratar mal a la gente. Y aunque su único amigo, en una actitud que rozaba lo masoquista, seguía viéndose con él, le hastiaba su falta de respuesta. Así que cortó la unión con el último bastión de su sociabilidad. Al mandarle a paseo, su viejo amigo le dijo lo que tanto había buscado: “Eres un desalmado, acabarás solo”.

Era justo cuanto necesitaba. Y lo hizo sincronizando sus actos a la perfección. Aún le dio tiempo de redactar su testamento, donar lo que sobrara de su cremación a alguna causa benéfica, y escribir una sencilla carta al juez. “No se extrañe de que nadie lllore por mi alma, ya me encargué yo”.

¿Cuándo?

... **Lo sé**, sé que en mi carta les prometía que me suicidaría. Que no sabía cuándo, pero lo haría. Ese cuándo que me sigue como reptando, como la desdicha que me hizo plantearme a la bicha.

Siempre pensé que sería feliz, pero no sabía cuándo. De pequeño supuse que sería cuando creciera, y cuando crecí, supuse que lo sería cuando volviera a ser niño. Pensé que sería feliz cuando el estudio acabara, cuando la lectura fuera mi vida, cuando la psicología me curara, o cuando un trabajo me durara.

En general, suponía que sería cuando me enamorara, y después de sentirlo, supuse que sería cuando ella me correspondiera. Al compartir el amor, pensé que lo sería cuando cada mañana me despertara a su lado. Al sufrir sus dolores, sentí que sería feliz cuando pasaran. Cuando, harto de sufrir, hui del amor, pensé que cuando me alejara sería cuando volviera a ser feliz, y cuando se acabó el amor, supliqué no sentir nada para que, de vez en cuando, pasara el dolor.

De ahí que, tras una vida de penurias, más por la propia percepción que por las desgracias reales que hubiera sufrido, escribiera y retransmitiera esa carta. Supuse que ya sabía cuándo sería ese cuando, y que en el último momento descubriría que ese cuándo era cada momento en que había estado vivo, que había sido feliz, sin saberlo, cuando había sentido... Y que en ese preciso instante me preguntaría cuándo me volví tan loco como para pensar que esa sería la solución... Pero ahora, no sé si podré, ni cuándo...

Y es que tengo que olvidarme de sus pestañas. Como si fueran telarañas, sus pestañas me atrapan al batirse como mariposas. Me envuelven en el torbellino que genera el aire de sus parpadeos, y el caos inunda mi interior, ventilado hasta huracanarse.

Debería olvidarme de esos parpadeos, y peor, de sus ojos. Esos ojos de medusa me dejan de piedra con cada aleteo. No sé si los prefiero ocultos tras sus párpados, generándome la ansiedad de saber si volverán a fijar su vista en mí, o abiertos, refulgentes, descargando relámpagos sobre mi vista cansada, miope y finalmente ciega a otra cosa que no sean los destellos de sus pupilas. Cada pestaño apoyado en sus pómulos marca el código de barras de mi perdición. Debo aprender a olvidarme de esas pestañas, que adornan esos párpados, que ocultan esos ojos. Pero, como siempre, no sé cuándo...

Por eso no pude hacerlo, ni sé si lo haré, ni cuándo. Pregúntenle a ella...

ENTRE
Olas



Como dos gotas de AGUA



¿Qué sentiría una gota de agua si se personificase? Se sentiría personificada, supongo... La realidad a través de una gota de agua se ve deformada, transparente, pero con color, descomponiendo arco iris... Una sola gota de agua pasa por tantas vidas...

Puedes sentirla emergiendo de tus adentros hasta asomar por el lagrimal de tu ojo. Habrá quien diga que está compuesta de otras sustancias, y quien atribuya a esa gota propiedades emocionales de tristeza o felicidad. Pero tú sólo puedes observarla a través del espejo mientras resbala por tu mejilla, surcando la curva de la comisura de tus labios, llegando al precipicio de tu barbilla y lanzándose al abismo del lavabo, cayendo desesperada hasta desaparecer por el sumidero.

La misma gota de agua que nació de un sentimiento puede mezclarse con otras congéneres hasta formar la corriente que recorre las oscuridades del submundo por cañerías, pozos y desagües. Apropiado destino donde evadirse en el río hasta la inmensidad del océano, sintiéndose perdida y sola aún rodeada de una monstruosidad de su misma materia.

Desarraigada, esa gota viajera puede sufrir la transformación de estado, evaporándose hasta notarse subir, levitar, flotar y desvanecerse, siendo arrastrada por el viento sin control sobre sí misma. Puede que con suerte la gota acabe siendo parte de una nube rota, que a ratos cubra un sol asfixiante. Acabando por ser rechazada, renegando el conjunto de su fría humedad, puede que la gota se derrame en gotas o en copos, deslumbrándose con el resplandor de la blancura de tantas cumbres.

Puede ser a ratos feliz cotidianidad momentánea, torrente de deshielo

que irriga los campos y los cubre de rocío. Con suerte puede que se pose en alguna piel viajera. Puede que penetre por los poros, dejando húmedos recuerdos y puede que acaricie otros cuerpos, anhelantes de humedad. Pero con la costumbre llega el hastío.

La gota de agua ha pasado por todo un ciclo, y no sabe dónde va, y lo que es peor, cuándo parará. Deformado y acorchado el mundo, como unos labios humedecidos por otros labios demasiado tiempo, reblandecida pero en perfecta armonía...

Qué complicado sería para una gota de agua el mero hecho de volver a aflorar en forma de sudor, estrellarse contra un charco, y mezclarse con el resto de sí misma en un abrazo húmedo.

O peor aún, evaporarse de nuevo y precipitarse contra el cristal de una ventana, resbalar hacia abajo, en lucha feroz por cruzar su camino con otras gotas. Quizá pueda unir su recorrido con otra gota igual a ella, que puede que haya recorrido viajes parecidos al suyo, y que muestre su realidad igualmente deformada, descompuesta en reflejos arco iris. Puede que ambas gotas acaben formando una V que se convierta en una Y tan imperfecta como la que une dos nombres al otro lado del cristal, dibujada tras el vaho de un aliento.

Sentado en el muelle de la BAHÍA

Es curioso
cómo me producía
el mismo efecto
que la luna al mar,
también me marea.
Sentado en el muelle
de la bahía
podría confesar
todos mis crímenes.

Violé su intimidad.
Maté el tiempo
entre sus visitas.
Derrumbé en la playa
arrecifes de moral.
Defraudé expectativas
de quienes me creían
agradable
mostrándome iracundo,
ya no era el chico simpático
que saludaba a sus vecinos.

Acosé su recuerdo
y deseché toda posibilidad
ni siquiera de provocarla
síndrome de Estocolmo.
Me fugué del tren
de vida que me arrastra
a la felicidad.
Evito a veces
sonreír por nada
no sea que parezca feliz.
Pero sobre todo, no silbo.

A ella le parecía irritante que silbara.
Cuando soy feliz silbo,
y ella me hacía silbar.
Mi vida con ella era un silbido,
aire fresco, sonoro y fugaz.

La farera

Se refugió en ese trabajo anacrónico y solitario hace tanto tiempo que ya no recuerda la razón.

El motivo principal podría ser que tiene ftofobia, y el hecho de alumbrar a los barcos contrarresta el daño que le provoca la luz. Algo así como una luminosa compensación, ofreciendo a los navegantes la claridad que ella no puede disfrutar. Por eso trabaja de noche y se esconde en las entrañas del faro de día.

Algún lugareño porfía que se volvió loca cuando un antiguo amor se suicidó lanzándose por el acantilado, y que por eso pasa las noches alumbrando las rocas, con la esperanza de encontrarle entre la espuma de las olas, arrastrado por la pleamar.

También podría ser que, al ser un poco bruja, alegorice echando luz a las sombras del océano, ya que en su fuero interno también lo hace con los designios de la gente. La luminosidad que regala a los barcos por la noche para guiar su camino y apartarlos de la muerte entre las rocas, es la misma que brinda a las solteras desesperadas y a las viudas desconsoladas que van al faro esperando que lea en sus manos un nuevo amor que ilumine sus sombras. Ella es cariñosa y esquiva la desilusión. Todas abandonan el faro con la sensación de que su desesperanza tiene un resquicio, que hay un halo de luz en medio de la negrura.

Nadie sabe a ciencia cierta el porqué de su voluntario encierro, y nadie conoce a la farera lo suficiente para saber si está loca o no. Los que la frecuentan, aunque sean asiduos, no saben descifrar si sus ojos brillan en la oscuridad, o es un reflejo permanente del faro, impregnado en sus retinas con el paso de los años. Los que no la conocen inventan

historias sobre su pasado, y vaticinan, como si fueran la farera, un mal final para sus días de soledad, asociando su fin con una muerte trágica.

Sin embargo, nadie comenta nada cuando la ven bajar, una vez a la semana, con su ropa apolillada y sus andares de mediana edad, a la tienda del pueblo en busca de alimentos. Siempre poca cosa, algunas frutas y verduras, a veces pescado, nunca carne. “Para carne ya tengo bastante con la mía”, le dijo al tendero una vez que se la ofreció. Otro misterio, pues tira más bien a flaca, aunque guarda buena figura. Alguna lata de atún cuando un gato pasa una temporada por el faro. Y velas, siempre velas. Antes compraba antipolillas, pero desistió, acostumbrándose a tener agujeros en su ropa

Cuando yo conocí su historia ya llevaba un tiempo desaparecida. Cuentan que la última vez que el farol costero alumbró la noche fue aquella en que una plaga de polillas atravesó el pueblo. Al parecer las altas temperaturas habían variado su ruta de África a Finlandia, haciéndolas recalar en el pueblo al cruzar el charco. Una nube de sombras negras se cernió sobre el haz de luz del faro.

Lo que de inicio pareció un revuelo de pequeños murciélagos se convirtió al poco en una tormenta de insectos, con nubarrones que se estrellaban contra los cristales del faro. Tal era el fragor de la plaga, que los cristales, ya desgastados, empezaron a resquebrajarse y cayeron a plomo al suelo, generando truenos acristalados y lluvia de chispas en el acantilado. De todas las casas con niños del pueblo llegaban llantos desconsolados. De repente el faro dejó de alumbrar hasta el amanecer, en que se hizo inútil su giro brillante.

Algunas madres acudieron a agradecer a la farera que decidiera apagar el reclamo de las polillas, que huyeron en busca de otras luces. Quedaron algunas a última hora adormecidas por el frío, el amanecer y el rocío. Las aldeanas no encontraron a nadie. El faro estaba cerrado, y la farera no contestó a sus llamadas a voces.

Una inspección de la compañía dueña del faro determinó abandono del lugar de trabajo y la despidió, pero como el faro era su única direc-

Entre Cuentos y Versos

ción conocida, en el buzón se acumularon las cartas de despido. Los pueblerinos apostaron por su desaparición tras su amado en las rocas del acantilado. Hubo algún iluminado que sugirió que la noche de la plaga la farera se descompuso en un ciclón de mariposas nocturnas, y que era su metamorfosis lo que esperaba durante tantos años en la oscuridad del faro, marchándose con sus compañeras cuando vinieron a buscarla.

Sea como fuere, la farera desapareció. La compañía dueña del faro lo abandonó a su suerte, y acabó siendo un lugar donde las solteras iban a pedir marido, las viudas un nuevo amor, y las madres, protección para sus hijos ante cualquier infortunio. Aún hay quien, en las noches de tormenta, cree vislumbrar un rayo girando alrededor del faro, aunque lo más probable es que sea un relámpago, porque nunca volvió a haber polillas en el faro, ni luz que alumbrara a los barcos.



La isla sin TESORO

El capitán revisó las pocas pertenencias de su barco. Hacía tiempo que se había quedado sin provisiones, aunque nunca le importó pasar unos días sin comer. Le hacía más daño que se estuviera acabando el ron, que si bien era un castigo para su hígado ya maltrecho, siempre curaba sus dolores de cabeza, ya fuera preocupaciones o migrañas.

Al salir a cubierta vio su pequeño navío bamboleándose frente a la tormenta. Él ya ni lo notaba, era de esos viejos lobos de mar que se marean en tierra, y notan el suelo más firme cuando sigue el compás de las olas. Mantenía rumbo a la isla, y ésta a la vista. De vez en cuando refulgía ese destello que iba siguiendo.

Tiempos lejanos eran aquellos en que, siendo un grumete, recibió como herencia de un viejo bucanero, enrolado como marinero en un carguero, la intención de seguir la ruta de un tesoro perdido. Sí, de esos de los de mapa con equis roja marcada a veinte pasos de una palmera sin cocos en una isla en forma de calavera.

Toda su vida había sido marino, y había buscado en playas y arrecifes un botín que le retirara de la vida pirata y le hiciera echar el ancla. Había participado en labores más o menos decentes, desde secuestros de yates de millonarios hasta expediciones en pos de buques hundidos.

Sin embargo, su herencia aún estaba pendiente de cobrarse. En cuanto reunió algo de dinero y no lo gastó en los puertos con gentes de mal vivir, se hizo con un velero que podía ser pilotado por un solo hombre, y soltó amarras en pos de su tesoro. Según las indicaciones del viejo marino, debía buscar una isla con lagos gemelos, promontorios abruptos y una cueva de la que saliera un fulgor perceptible a distancia.

Muchas pistas le habían llevado a laberintos sin salida, otras eran direcciones equivocadas, y las más de las veces eran rumores de viejas morsas chismosas de tabernas portuarias. Hubo quien le propuso relevarle en el timón, incluso alguna loca que se ofreció a ser su compañera de aventuras. Siempre rechazó compañía alguna, entre el recelo por perder su parte del botín, y sobre todo su soledad, que tanta compañía le hacía.

La última pista que había recibido, sin embargo, le supuso una nueva ilusión. Ya viejo y cansado, no evitó, sin embargo, que le embriagara la calidez de una nueva aventura. Partió con el rumbo aconsejado, inmerso en las fantasías de un botín encontrado, de riqueza y fortuna recogidas al final de su vida, y de un retiro dorado. La verdad es que su sueño era parecido al vagabundeo marino que practicaba, pero sin los problemas de dinero que le surgían periódicamente por sus compañías habituales, amores de saldo y ron con tapón de corcho.

A través de la tormenta que amenazaba con tumbar su escuálida embarcación, con las velas arriadas y el alma desafiante a la tempestad, el viejo lobo de mar seguía sujeto al timón, con la vista fija en el horizonte, descubriendo a ratos el fulgor que le alimentaba la esperanza y le iluminaba el ánimo. Sabía que bien podía ser un incendio provocado por un rayo, o el mismo reflejo de relámpagos lejanos en las olas, aguas revueltas crean ilusiones difusas. Pero siguió con rumbo fijo, lanzando su chalupa contra los muros de agua.

La tempestad arreciaba. Una ola como un galeón barrió la cubierta del frágil bajel. Las maderas crujían, el timón amenazaba con partirse y el mástil parecía a punto de despedazarse y hundirse. Varias veces se vio tentado de abandonarse a su suerte y a la decisión de la tormenta, pero era difícil tumbar la intención del viejo, cabezota y sin nada que perder.

Sin que amainara el vendaval, el capitán encalló en la playa de una isla con aspecto similar a la mencionada por el viejo marino. Arrastró cuanto pudo su barcaza hacia el interior, y durmió en su escueto camarote apoyado en la arena, que curiosamente notaba bamboleante y le mareaba.

Entre Cuentos y Versos

Amanecido un día soleado, inició el camino hacia el interior de la isla. No tardó en encontrar dos lagos que parecían reflejados en un espejo, de aguas azules y cristalinas donde se sumergió, y apagó su sed. Siguiendo camino al sur, encontró los montes mencionados, que escaló a veces, y rodeó otras, hasta proseguir camino cuesta abajo. De la caverna seguía saliendo un reflejo centelleante, como una llama que amenazaba con apagarse, y sin embargo volvía a refulgir.

Al llegar a la cueva, se internó y no le fue difícil sabe dónde ponerse a cavar una pared de arena con huecos a modo de pequeñas cavernas. Usó sus propias manos para arañar la tierra húmeda, hasta que desenterró un cofre con manos temblorosas.

Suspiró, y se preparó a recordar el momento. El cofre tenía un agujero mínimo, por donde se observaba el destello que había buscado toda su vida, y que le había ido guiando en esa aventura.

Al abrir el cofre, se encontró con un espejo a la altura del agujero que le devolvía su imagen. Enganchado a la parte inferior una nota doblada esperaba ser leída quién sabe durante cuánto tiempo. El capitán ardió de rabia, sus ojos llameaban ante la broma que le había tenido media vida navegando.

Abrió la nota, y leyó con caracteres antiguos “Dentro de este cofre no hallarás ningún tesoro. Sin embargo, si has sido capaz de ver el reflejo a través del cofre, en la distancia y en el tiempo, has de saber que tu búsqueda no ha sido en vano. Ese reflejo no es más que el chispeo de vida que refleja tu mirada ante la ilusión de una aventura por vivir. Solo los que tienen ilusión pueden seguir ese reflejo. Solo a los que les brilla la mirada pueden ver ese destello”.

La SIRENA friolera

Hacía tiempo que no me bañaba en esas aguas, revueltas y mezcladas con sabor a emociones y miedos.

Durante años me había obligado a nadar en aguas conocidas y recogidas, y a no aventurarme en el mar, porque el oleaje y las mareas me producían vaivenes y mareos a los que ya no estaba habituado. Supongo que me acostumbré a ser un marinero en tierra.

Pero por casualidad, siguiendo a las estrellas, mi camino me llevó de nuevo hasta la orilla del mar, y de nuevo su inmensidad me atrapó entero. Me aterraba pensar que había más peces en el mar, pero me consolé pensando que ya no era un niño, y que era demasiado grande como para hacerme zozobrar otra vez.

Me sumergí en la aventura de las aguas turbias a ciegas, sin saber realmente dónde me estaba metiendo. Y con mi habitual desorientación, me perdí en las profundidades, sin poder elegir el camino correcto para salir.

De repente, me encontré con una sirena que parecía huir de lo que yo creía que era mi meta. Ella me hizo ver que mi camino me llevaba directo al abismo, y me guió a la superficie.

No sé cómo reflaté, mientras ella me secaba los miedos con su sal y su sabor. Pero al tiempo que parecía sostenerme para evitar que me hundiera, se aferraba a mí como a los restos del naufragio después de una tormenta. Era una sensación indescriptible, como si a la vez fuera salvavidas y buscara salvarse.

Cuando me estabilizó sobre las olas me acompañó hasta la orilla, y

me convirtió en una roca donde guarecerse en caso de tempestad, y donde posarse para descansar. Acto seguido desapareció, y me dejó solo y erguido en la arena, como un faro natural en medio de una playa desierta.

Creí que no volvería a verla, pero el vaivén de las olas la trae cada poco a mi costa.

A veces, al acercarse, me siente frío, y resbala por mi piel como cada gota de esa enormidad marina. En esos momentos, cuando parezco un iceberg, impasible y presto a herirla en la línea de flotación, tiritita y se escapa, alegando que ya ha cubierto el cupo de frío en su corazón y en su piel. No la culpo, porque hasta yo quisiera escapar de esa coraza helada en esos momentos.

Pero cuando se acerca a mí y parezco el Mar Caribe, templado, suave y envolvente, se queda un rato más. Me abraza y se posa, absorbiendo mi calor, transmitiéndome el sabor y la calidez de su interior. Al mismo tiempo, cura la erosión que el océano provoca al acariciarme.

Al poco tiempo, se marcha con la promesa de una vuelta con la siguiente marea, y me quedo retenido, observándola, deseando deshacerme en granos de arena para perseguirla y rodearla. Tengo que hacer esfuerzos para aguantar el envite de nuevas oleadas de tristeza, e intento mantenerme firme, a la espera de una nueva visita.

Así espero y deseo un nuevo encuentro. Y aunque soy una roca, no puedo evitar enternecerme como si el agua ya me hubiera dejado hueco por dentro, y esperara que viniera a llenarme otra vez de sal y de sabor a mar...

ENTRE
líneas



GRITO en silencio.



Soy un adicto al silencio
pero con contradicciones.

Escucho música sin parar
quizá por no escuchar
mis propios pensamientos.

Grito al vacío en versos
aunque hay quien usa ese grito
como su propia voz
porque se le olvidó gritar.

Guardo silencio ante el dolor
de los terremotos de Ecuador
tierra amiga
y ante la corrupción y el hedor
de los papeles de Panamá
del patriotismo de pulserita
y evasión fiscal.

Guardo silencio ante mis propios miedos,
ante el vacío del silencio sin gritos.
Pero me retumban por dentro
el sufrimiento, la rabia
y las ganas de hacer ruido.

Descubro dentro de mí
silencios que debo a otros,
“te quiero” no dichos,
buenos deseos ocultos
y odios reprimidos.

Es lo que tiene el silencio,
que no te escuchan
ni los que ansían escucharte
ni los que sufren tus silencios
ni siquiera tú mismo.

Habría que aclarar la garganta
y volver a gritar
aunque sea al vacío
guardado en un bote de letras.

Alza la voz, grita lo que quieras.
“Te quiero”, “Te odio”,
“no me mientas”,
“sinvergüenzas”...
“Te echo de menos”.
Rompe el silencio, haz ruido.
Nadie grita a un completo vacío.

Deudas del AMOR

Qué duro es ir soñando y recordarte.
Prefiero no soñar esas sonrisas.
No quise ni sé ni puedo olvidarte.
Me cobras intereses en divisas.

Recobras cuotas ya recauchutadas
en cláusulas a mi candor ya repetido.
Requisas emociones incautadas.
Clausuras sin cumplir lo prometido.

Abonas tus deudas de mil besos
pagando pagarés al portador
con menos fondos que todos tus huesos.

Me debes cheques en blanco, amor.
Los bancos ya no pagan tus ingresos.
Cuestan más sangre tus lágrimas que tu sudor.

Buhardillas

Siempre idealicé la imagen de vivir en una buhardilla en el centro. Me hubiera gustado tener una vista de pájaro de los tejados de Madrid. Imaginar antenas de tendedores y vivir en las nubes, entre la asfixia por subir escalones empinados y el regusto vetusto por mirar a través de un ventanuco abuhardillado la actividad de la gran ciudad.

Siempre me imaginé que tendría mi estudio con los techos bajos llenos de papeles escritos, borrones de versos tachados, pelotas de papel rodeando la papelera y el cenicero lleno de colillas junto a una cafetera a medio vaciar.

Siempre soñé el sueño de la bohemia, de la búsqueda del verso romántico, o de la prosa poética persiguiendo a la musa.

Pero sobre todo, siempre fantaseé con que te tendría en mi cama, diciéndome que escribiera mis versos sobre tu espalda. Exigiéndome que ensayara mi firma sobre tu ombligo. Que usara la lengua para repasar la única lectura que debe ser leída con la lengua fuera. Que no pasara las páginas hasta que estuvieran bien humedecidas. Que mi piel fuera tu suelo y te hiciera poner el grito en el cielo. Y que bebiera de las fuentes de la inspiración de tus orgasmos.

Siempre supuse que la musa, las letras, las estrofas, los versos, la nicotina, los escalones, lo abuhardillado... Que todo giraría en torno a ti. Porque tú eres la única lectura que quiero releer, aunque sea de memoria.

Supongo que siempre tuve sueños muy elevados.

Revolución Virtual

Te mando mensajes que no sacian mi sed
de revolución ni de ti.

Sirves de impulso y avivas
mides mi pulso y lo activas.

Podría quitarme de en medio
para ponerme de entero
pero no son horas.

Delincuente temporal
robando madrugadas al sueño
se me cierran las pestañas del navegador
a caballo entre el metro y los recuerdos.

Insomne perdido
recuerdo noches y días de vino y rosas.
Necesito que alguien
se muera de ganas de verme
de recibir un mensaje
de jugar a ser mía
y recibir mis palabras
como musa incandescente.
Necesito un verso
que incendie algo más que el twitter
o un corazón
que no se encienda sólo ante el monitor.

Necesito que tu pasión
se extienda sin cortafuegos.
Incendiario, en la red
sin red de seguridad
ni antivirus que me apague
sino viento y sed que me propague
en la web y en la vida
que arda internet,
tu libido
y cada esquina.

Concurso de VERSOS

Al fin llegó el esperado concurso de poesía desconocida en televisión. El presentador arranca el evento con sonrisa artificial, mientras los concursantes esperan su turno para exponer, a través de versos, su creación poética.

El primer poeta es un típico intelectual con gafas de pasta, barba esmeradamente descuidada y un pelo atentamente despeinado, que viste ropa modernamente antigua. Sólo deja al descubierto su cara y sus manos, que tras masajear sus sienes, y echar un vistazo a su teléfono inteligente, exhalan por su boca versos cerebralmente contruidos. El autor explica su obra desde el punto de vista de la perfección métrica y la cordura mental, haciendo un ejercicio muy correcto, pero sin llegar al alma de la audiencia. Alguna joven moderna le pone morritos, y los eruditos del jurado aplauden su actuación con tanta corrección como desgana.

El siguiente concursante es un viejecillo con aire desvencijado, casi a punto de romperse tanto en sus andares como en sus hechuras, así como en su vestimenta, ajada y andrajosa. Lee en voz bajita a través de sus lentes redondas con patillas de alambre, mientras le tiembla la voz y la mano. Explica con sus versos que su intención es poner palabras a lo que sale de su alma, y pide humildemente disculpas por su falta de ritmo, atribuyéndolo a la arritmia que sufre su corazón, que es quien le marca el paso. El anciano se marcha entre algún sincero aplauso y la conmiseración de la mayoría del público. Le ayuda a bajar quien parece ser un yonqui que se ha colado en el plató.

A continuación accede, o más bien inunda el escenario, un chico bien

parecido, alto y con sonrisa blanqueada que contrasta con su moreno aceitoso, que muestra sin pudor su piel tersa y desnuda, sin grasa, solo con músculos, cubierto con un mínimo tanga. Al darse la vuelta, muestra un culo redondeado, prieto y perfecto, del que, tras una orden suya, empiezan a salir, a golpe de apretones de los carrillos, los versos más horribles que han oído los siglos. Sin embargo, la cagalera de bazofia versada es acallada por una multitud enfervorecida que grita, aplaude, silba y patalea.

Parece que está claro quién es el ganador... Aunque el yonqui sube al escenario. Porta una imagen deplorable, con barba descuidada y sucia, pendientes en ambas orejas, greñas a tramos rizadas y a crenchas ondeando sobre su sudorosa frente, chaleco de cuero y pantalones bombachos raídos y sucios. Al abrir el chaleco, muestra una barriga colgante, a la que acerca el micrófono. Parece ser ventrilocuo.

Pero lo que más sorprende son sus impropiedades, versos lascivos, rimas descabalgadas y estrofas agresivas que revuelven el estómago y el corazón a la audiencia, tanto del plató como aquellos que siguen el programa a través de las ondas y las imágenes vía satélite... Tras embargar de desasosiego a todos los presentes, tira el micro al suelo, se baja del escenario, saluda con respeto al viejo y se marcha, no sin antes escupir al guaperas, y amagar con abofetear al cerebritito.

Preguntado por esa salida de tono en el exterior del recinto, el yonqui refirió como única disculpa “me asquean los versos bien envueltos que salen como mierda del culo; me cabrean los versos que se muestran como finos hilos mentales, cuya aguja ni pincha, ni corta, ni siente, ni padece. Sólo respeto los versos que salen del corazón por la garganta”.

“¿Y por qué se hizo ventrilocuo?” Pregunta el entrevistador. “¿Quizá para no tener filtros entre sus versos? ¿Le salen las rimas de lo más hondo de sus entrañas?”. El yonqui arrebató el micrófono al entrevistador, y añade “No soy ventrilocuo... A mí, los versos, son lo que me sale del nabo”.

HUELGA contra la WERTDUCACIÓN

Otoño trae protestas
ante terquedades fwertes.
Valen más cuatro duras testas
que millones de inocwertes.

Imagino a los futuros
alumnos sin mi swerte
prostituyéndose por dos duros
y recibir educaciòn inwerte.

Porque ¿se puede llamar
educaciòn a pretendwerte
sumiso, dócil, a rezar,

a clases donde adoctrinar
que encaucen a la mwerte
de la libertad mental?

La pasta de dientes

El tubo de pasta de dientes me desafía a que le apriete hasta sacarle el jugo. Soy uno de esos maniáticos que intentan ir vaciándolo desde la parte trasera hasta la boca. Me gusta sentir que no se me queda nada en el camino. Algo así como una obsesión por acabar las tareas.

Es más, siempre que todo el mundo da por acabado el tubo y pasan a usar otro, yo continuo exprimiéndolo, como si el hecho de dejar pasta dentro del tubo fuera un error que no puedo permitirme.

Para rizar el rizo, siempre que compro una pasta, intento que sea de esas que pican, con una actitud que raya en el masoquismo. Para más inri, prefiero las pastas que tienen rayas a los lados, con el consiguiente misterio de cómo se generan esas rayas perfectas en cada aportación a mi cepillo.

En todas estas elucubraciones me hallo mientras me lavo los dientes frente al espejo. No deja de resultarme curioso que las mismas condiciones que le aplico a la pasta de dientes, las aplique a mi relación conmigo mismo.

Me gusta exprimir hasta el final, y desde el principio, cada uno de mis pensamientos, aplastarlos y sonsacarlos por la estrecha boca de mi entendimiento. Las rayas se deslizan simétrica y misteriosamente a través de cada pedazo de mi pensamiento, marcando una línea perfecta de paranoias asociadas a todas mis elucubraciones.

Por ende, no puedo dejar una tarea sin terminar en mi cerebro sin que interfiera y vicie el resto de mis pensamientos, sentimientos y acciones. Ansío el momento en que termino un nuevo bote pastoso, con la

intención de que el nuevo sepa mejor, venga sin rayas, y no pique tanto como para hacer arder mis yagas.

Pero, como ya he dicho, una especie de selección masoquista me lleva a elegir un tubo de pasta de dientes de nuevo que pica, con rayas a medida de mis pastosos pensamientos, y ansioso de desatracar el cúmulo de mis pensamientos desde el principio hasta el fin, sin dejar siquiera un poco, no sea que quede algo en el bote que reconcoma el tubo.

Debería pedir a alguien que me recomiende otra pasta de dientes. Alguien con una sonrisa blanca y feliz, y no sólo por la calidad de su dentadura.

Trilogía ERÓTICA I

Recuerdo tu sexo
desprendiendo calor
envolviendo al mío.

Recuerdo tu vello
acariciando al mío
enredándose como velcro.

Recuerdo tu sudor
en tu piel suave
y resbalar al acariciarla
al envolver tu blancura
con mis manos
y tus pechos con mis dedos.

Recuerdo los orgasmos
en tu interior
tus labios mordidos
mis labios besándolos.

Lo que no recuerdo es
aparte de mi sexualidad
antes y después
por qué renuncié a tu sexo
con amor, sexo al cuadrado
de cuerpo y alma.

Trilogía ERÓTICA II

Me gusta el entreacto
entre orgasmos
sentir nuestras pieles
en total contacto

y el perfecto encaje
de nuestros genitales
genios tales de viaje
del purgatorio vital
al paraíso carnal

con áreas de descanso
(tus labios, tus pechos,
tu ombligo, tu sexo)
donde no descansar
y seguir consumiendo
saliva y humedad
vida y fluidos.

Lo único que vale
es que por un breve instante
estamos jodidos
de gusto y unidos.

Trilogía ERÓTICA III

La primera vez que te vi
ni me imaginaba que serías para mí
mi primera vez de amor correspondido.
La primera vez que te besé
ya éramos más que amigos.

La primera vez que te oí decir sí
no creía que fuera de veras.
La primera vez que te dije te quiero
no sonaba más cursi que con velas.

La primera vez que te deseé
quise amarte bajo tu ombligo.
La primera vez que te penetré
sentí estar en el paraíso.
La primera vez que te necesité
supe que estaba loco por ti.
La primera vez que te odié
me odié a mí mismo, por no hacerte feliz.

La primera vez que te decepcioné
Pensé que no te merecía la pena.
La primera vez que te perdí pensé
que no merecías más penas.

La primera vez que te dije adiós
aún pensaba que era hasta pronto.
La primera vez que te dije hasta pronto
no sabía que era un adiós.

La parábola de la SONRISA

Nunca había pensado que la curva de su boca pudiera comportarse como una parábola de su sonrisa.

Siempre fue de letras, y sin embargo, encontró enseguida la equivalencia. Sumó dos más dos y le dio uno, porque su raíz le aferraba a una estadística que salía negativa en amores y se elevaba al máximo exponente en decepciones.

El orden de los factores le dejaba el alma convexa, pues al rotar alrededor de un corazón siempre enlazaba incógnitas en sus valores, y división de opiniones. Por más que buscaba puntos de corte que despejaran de su ecuación la soledad, sus amores platónicos discurrían en paralelo hasta el infinito. Así, no es de extrañar que en cada relación perdiera una fracción de su propio espíritu. Al redondear la cuenta sin décimas de cariño no compensaba la disparidad de la lógica que le hacía tan amable como rechazado.

Con tal frecuencia, era de esperar que la parábola mutara en asíntota, que el plano de sus sentimientos tomara dimensiones lineales, que aumentaran los paréntesis entre sus arrugas y que el volumen de sus ojeras amoratadas se sumara al área de su tristeza.

Solo hay una excepción a la regla matemática, y es que al encontrarse con otros labios, los suyos sonríen, se humedecen e hinchan por inferencia de sus homónimos en busca de la ansiada tangente. A base de multiplicar los besos la parábola se amplía, la distensión de los múscu-

los provoca el descenso labial, la matriz de felicidad muestra dimensiones hiperbólicas, y la rotación de los cuerpos extrae de ellos el máximo común divisor, imposible dividir dos bocas fusionadas en círculos.

Es entonces cuando la parábola de la sonrisa obtiene los mejores datos, fuera de cualquier coordenada cartesiana medible. Pero es que, en asuntos de amor, no salen las cuentas...

ENTRE
Bucles



Equilibrio

Siempre he buscado el equilibrio.
Curiosa premisa para alguien
que tropieza con la misma piedra
una y otra vez, hasta cogerla cariño.

Las discusiones me crispan.
Los desencuentros me pierden.
Pago por no discutir
y discuto por pagar la cuenta.

Sufro por amor, cuando habría que gozarlo
y disfruto del dolor
cuando me regodeo en mi tristeza.

Son formas como otras cualesquiera
de equilibrar la balanza.
Me balanceo entre mi cordura,
entre la eterna duda, y dura
mi asomar al abismo
y asombran las ganas de precipicio
de precipitarme, cuando el vértigo
me viene siempre que despego
los pies del suelo
y el corazón de mis huesos.

Busco fuera el equilibrio
que no encuentro dentro
y caigo al pozo sin fondo
de mis propio días sin cuentos
ni versos, ni flores, ni recuerdos.

La cox de la **HORMIGA**

Decía el cantautor que, si despegamos los ojos de la pantalla, si nos olvidamos por un momento de nuestro yo virtual, si enderezamos nuestro humillado cuello y si levantamos la vista, quizá nos encontremos con tus ojos, y ese sea el acicate que necesitamos para salir a luchar.

Reprochamos a los jóvenes que pasan el día desconectados, que no les interesa el mundo, pues tienen el suyo propio. Achacamos a las redes sociales el comportamiento antisocial. Paradójicamente, la tecnología táctil restringe el contacto humano, y sin tacto, todo es más crudo, incluso un adiós.

A base de leyes mordaza, de multas y de restricciones, hemos conseguido que la vida virtual sea más libre, más segura y más deseada que la vida propia. Por eso en la ciudad se ven ríos de gente con la cerviz humillada, el cuello doblado, y las manos unidas en rezo al móvil, a la tablet o al ebook de turno. Zombies cibernéticos, diremos.

La revolución no será twiteada. Cada mensaje reenviado, cada enlace a una noticia sobre un nuevo caso de corrupción del poderoso, de encausamiento del juez que osa enturbiar el status quo, del inspector de hacienda despedido, del suicidio del desahuciado... Son como coces de hormiga al estómago de un dinosaurio... Los gobiernos y los mercados, que vienen a ser lo mismo, nos prefieren así, aislados, borreguiles, desconectados, aunque nos creamos enlazados al mundo en un solo click.

¿Qué alternativa tienen? Ese rebaño, el reguero incesante de hormigas, trabajadoras no, porque trabajo no hay, caminan por las autopistas de la información con más agilidad que por la calle, donde cada dos por tres, algún idiota mirando a su móvil casi se topa conmigo mientras miro mi móvil. Ese reguero nos lleva de hormiguero en hormiguero, de centro comercial en autopistas de peaje, de gasolinera sangrante de

polución a tu propio hormiguero, casa caliente a base de energía pagada a precio de oro. Si alguien se sale del camino marcado es Eta, antisistema, o radical a quien hay que aplastar, como a una hormiga que se atreve a ocupar el mantel del camping donde los de siempre se meriendan el pastel de todos.

Ansío, llamadme loco, una colonia de hormigas asesinas que ataquen con furia al invasor. Y es que, por muy grande que sea el zapato que aplasta tu cuello, una pata hecha de millones de seres puede reventar las tripas del dinosaurio más pintado.

Así sí tendría sentido temer a la cox de una hormiga.



BOCADOS de septiembre

He leído que septiembre
es el lunes de los meses.

Que los recortes son
necesarios
más para unos que para otros
por lo visto.

He visto que en septiembre
las piscinas aparecen
moteadas de hojas secas,
y las puertas de los colegios
de lágrimas de niños
y de angustia de padres
que no saben
cómo educar en la esperanza
con tal desesperación
sentida.

He sentido en septiembre
la nostalgia que acecha
por las playas,
la soledad que abre brecha
la tristeza que descerraja
besos en los labios,
que busca las costillas,
que desinfla los pulmones
que eriza las cosquillas
en atascos de madrugones.

Bocados de realidad
en el lunes de los meses.
Muerdos de debilidad.
Septiembre me duele a veces.

Negativo

Siempre vivió contenido y comedido. En todos los aspectos, ante el ofrecimiento de la vida entre lo positivo y lo negativo, siempre se quedó con lo segundo. Supongo que tendría que ver con su profesión, ya que ejerció como fotógrafo muchos años. Siempre me dijo que prefería la oscuridad de su cuarto oscuro, incluso se extasiaba mirando los negativos de sus fotos, lo prefería a observar las imágenes con sus luces y colores habituales.

Ese estilo de supervivencia lo aplicaba a todos los aspectos de su vida. Le gustaban sus relojes, tenía una bonita colección, pero nunca se ponía ninguno por miedo a que se rompieran. “Además -se convencía-, no los soporto, me presionan la muñeca, me marcan demasiado”. Y era verdad, cuando se ponía un reloj lo miraba constantemente, y se hacía esclavo del ritmo del tiempo, de sus latidos, se le pegaba el tic tac a la piel y a la vida. Intentó hacer alguna vez una foto a algún reloj y colgarlo en la pared, pero la idea de detener el tiempo le resultaba turbadora.

Las flores le producían un raro efecto, pues le parecían delicadas y atractivas, pero sentía una inmensa tristeza al cortarlas y confeccionar jarrones con ellas. Algunos ramos fueron modelos de bellas fotografías, pero apenas obtenía los negativos, los destruía. Le desolaba pensar que esos colores que él, con el ojo de experto, ya intuía en su color contrario, reflejaran sin embargo la muerte de unas pobres plantas coloridas arrancadas de la tierra para el disfrute visual.

En lo que se refiere a sus relaciones, la cosa no cambiaba. Cuando encontraba una llamada perdida (qué oscuro el término, contactos extrañados en el limbo de la comunicación) en su teléfono móvil, temía que hubiera sucedido algo malo. Le atemorizaba hacer nuevas amistades, y también decepcionar a los viejos amigos, así que se mantenía lo más alejado posible de cualquier interacción social. Cuando le invitaban a

un encuentro ponía cualquier excusa para no ir. Si no tenía más remedio que aceptar, llegado el momento no acudía, o bien se escabullía a las primeras de cambio, en cuanto el alcohol y la música turbaban un poco el ambiente. Algunos amigos describían sus desapariciones como efectos de magia, negra por supuesto. Hasta una buena amiga bautizó su forma de escabullirse como “la táctica del calamar pulpo”, soltando tinta negra para escapar.

Sus parejas habían sido escasas, y su corazón se había nutrido más de amores platónicos que de otra cosa. Cuando alguien le hacía perder el sueño, dedicaba a esa persona toda su atención durante un tiempo, hasta convencerse de la imposibilidad de alcanzarla. Le gustaba fotografiar sonrisas, pero, al igual que con las flores, las contemplaba taciturno, pensando que esas bocas no le sonreían a él, ni seguramente tendrían ya motivos para sonreír. No es que sufriera más que nadie, sólo que él ni siquiera veía lo positivo de estar enamorado, o de encontrarse con una sonrisa dedicada.

Sólo veía lo malo de sí mismo y de las posibilidades de felicidad, así que no se esforzaba en conseguirla. Si algo, en algún momento y de forma casual, le hacía llegar a ese estado, aunque fuera por un corto periodo de tiempo, se consumía pensando que no duraría. “Y más dura será la caída”, se planteaba para rebajar sus expectativas. Y lo conseguía, porque al cabo de un tiempo, su existencia tornaba a la monotonía y al desengaño, a la soledad, y a sus negativos.

Un día creyó conocer a alguien nuevo. Avisado ya por la experiencia y por las fotos, testigos mudos de sus fracasos, no prestó en principio demasiada atención a la recién llegada. De hecho, ya la conocía, pero no la recordaba. Acostumbrado a olvidar caras, sonrisas y personas, posturas estándar y miradas luminosas, pensó que en algún momento se acordaría.

Era una maestra de la fotografía, y le enseñó la vieja técnica del ambrotipo, un proceso fotográfico que crea una imagen positiva directa, y que aparece como negativo sobre fondo blanco, y por el contrario sobre un fondo negro se aprecia como positivo. Con la táctica del am-

Entre Cuentos y Versos

brotipo le desarmaba en cualquier discusión en que él mantuviera su obcecación de ver lo negativo.

Y pasó. Ella entró en su vida como un torbellino. Se puso un reloj suyo cada día, le regaló un ramo colorido de flores de plástico, le prohibió soltar bombas de humo y utilizar la táctica del “calamar pulpo”. Se autoproclamó musa de todos sus desvaríos, y se erigió en modelo de todas sus fotografías, interponiendo su sonrisa ante cualquier imagen.

No sé quién era ella, nunca reveló esos negativos. Al poco tiempo de llegar desaparecieron los dos, y no dejaron notas, ni fotos. De vez en cuando me llega un rollo por correo, pero no me atrevo a revelarlo. Para ti dejo el final de este cuento. Yo no quiero ser negativo.

Siempre fui, y aquí me tienes

Siempre fui más
de susurrar que de cantar,
de pedir en silencio que de gritar
a los cuatro vientos
aunque me muriera de ganas.

Siempre fui más de reír que de llorar
de puertas para fuera.
Aunque ahora se me note la tristeza
no quiero dejar de tomarme a broma,
aun comiéndome día a día la cabeza.

Siempre fui más de amar que de follar
y tuve poco de una y menos de la otra.
Siempre fui más de masturbar que de empotrar
a fuerza de hacer disfrutar el oído a letras
y usar la lengua como arma, y el lenguaje también.

Siempre fui más de dulce que de salado
y aquí me tienes, saboreando tu piel
con salitre y cloro y sudor y miel.
Siempre fui más platónico que real
y aquí me tienes, realmente a tus pies.

Siempre fui más de ser el amigo tierno
que el amante salvaje y desatado
que te provoca orgasmos y lágrimas
y aquí me tienes, encendido y dispuesto
a hacerte feliz en alma y cuerpo.

Siempre fui más de otra forma, y ya ves.
Aquí me tienes, soy tuyo, soy de ti.
Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

Demonios

No me hace falta ninguna razón para desear morir
aunque me sobren motivos para vivir.
Me rebosa el odio por mí mismo
por más que me quieran
con mis fallos, mis demonios, mi cinismo.

Desciendo a los infiernos cada rato solo
y enciendo los calderos con mis rescoldos.

Huyendo de mi vida, de mi alrededor,
de lo único bueno que encuentro,
de los que me rodeo y no entiendo
cómo siguen esperando,
si ni yo me soporto. Si ni yo mismo me aguanto.

Perdón por mis demonios
por mis ausencias, por mis odios.
Los llevo dentro. Siento enseñarlos.
Lamento que os salpiquen. Quisiera evitarlos

y evitaros lo incómodo
de soportar el modo
en que me destruyo
poco a poco
Espero que si huyo
me toméis por loco
por idiota, por tonto
pero nunca os olvido
ni en lo malo, ni en lo peor
espero poderos dar lo mejor.

No temáis si os quedáis un rato sin mí.
Debo ahuyentar mis demonios, aunque sea a ratos.
Para vivir sin odiarme, y sin querer, sonreír.

El **mar** de los NAUFRAGIOS

Ahogado por el oleaje de desesperación que va y viene huyo de toda civilización en busca de océanos más pacíficos. La marea marea mis pensamientos hasta suplicar a la luna que me deje en paz. Me siento un náutico moribundo entre un mar de vidas.

No es la primera vez que salto al bote salvavidas, huyendo como un cobarde del previsible hundimiento. Más que nada por sentirme un ancla aferrado a los más bajos fondos, asumo que mi salida de cualquier tripulación, sea grupo, trabajo, hobby o amistad, supondrá el reflote y el buen navegar de la singladura. A las malas, no creo que soportara una nueva inmersión en las profundidades que no fuera la de mi chalupa, sin más compañía que mis remos y mi timón sin rumbo.

Sigo a la deriva y lanzo botellas que me emborrachan de miedo y soledad, maldita compañera de sentimientos enlatados que abarata la debilidad y ayuda a la resaca. Darse a las drogas es caro, y a no ser que coticen, es ilegal. Incluso a solas preocupa más la denuncia y la represalia que el cambio de rumbo y el soltar lastre.

Ni siquiera sé qué escribir en los papeles enrollados que meto en las botellas. Dicen que sin papeles no se puede vivir. Pero aún empapelado solo puedes aspirar a hipotecarte, a mendigar un trabajo, a no acabar solo, a que un verso te saque del ostracismo, o un mensaje del desconsuelo. Los barcos de papel se hunden como sueños submarinos sin esperanza de reflote. Mis mensajes no tienen petición ni dirección, sólo medias tintas.

Me siento perdido. Me da miedo ahogarme en el mar o en la desdicha, y más aún encontrarme en una playa a donde no quiero llegar. Quizá porque siento que sólo será una emboscada de arena sin huellas más que de alimañas que me quieren devorar. Carroñeras que esperan mis despojos y olvidos que quieran tragarse mis pertenencias y mis recuerdos.

Miro al horizonte y veo una nueva tormenta perfecta dirigiéndose a la

ya de por sí frágil embarcación que me mantiene en equilibrio inestable. No está la barca para olas ni la quilla para encallar. Achico a cubos la tristeza, y veo poco a poco filtrarse por la fina capa de mis poros borbotones de pesadumbre y la negrura del mar de las desgracias. Ya me siento incapaz de otear en el horizonte primaveras de esperanza.

El mundo podrido no me provoca nostalgia. La sequedad de los sentimientos y el chapoteo desesperado sobre charcos de cemento me enmudecía tanto como esta inmensidad azul negruzca donde es inútil gritar. Allí mismo, con el pelo, la barba y el alma descuidados, sería amordazado por hurgar en la basura para buscar comida, o por gritar consignas terroristas como libertad, igualdad y solidaridad.

Las mordazas no son necesarias para el que se siente afónico por no ser escuchado. Dicen que los antisistema quieren aprovechar que los reyes abdicen. Que las constituciones enrolladas en pergamino de idioma rancio se cambian si hay que pagar deudas que suenan a rescates, pero no si hay que elegir quién se mantiene en el camarote real, a salvo de vaivenes y naufragios, quién se queda su parte del botín o cómo se reparte el tesoro, la miseria y las condenas a galeras. Me siento un traidor que promulga el parlamento pero desea motines, fuego a discreción, abordajes y patrones colgados del palo mayor.

Ya para los mendigos no hay ni bancos sin respaldos, ni camarotes, ni suelo sin espinas. Dormir al raso de la cubierta es delito, también querer decidir, compartir embarcación o preferir escuelas y hospitales públicos a mundiales y olimpiadas. Los piratas de verdad no llevan parches, y el código del mar ya no tiene valor ante bucaneros sin palabra, corsarios de garfios e intenciones retorcidas.

Solo espero que la suprema ola que me envíe al fondo de este mar tenga la decencia de derivar en tsunami hasta arrasar a su paso la podredumbre de la que hui. Por mi parte, doy mi patente de corso a quien sepa surcar el mar de los naufragios, cabalgar sobre las olas y perderse en mis profundidades.

Ya me perdonarán los que siguen remando aún contracorriente. Hay robinsones que no tenemos madera de héroes, ni siquiera madera de la que se mantiene a flote.

Haber LLORADO

Así que esto era el meollo de la vida
un premio de consolación honorífico,
un depredador que abre tu herida
y te vuelve depresivo y terrorífico.

Al menos nos debe quedar la certeza
de haber luchado por lo que creímos,
de haber usado la razón y la fuerza
para vivir y matar mientras morimos.

Suena a poco, pero es lo que hay
palos de ciego y balas al viento.
Pensad lo que hacéis y adónde vais.

Al menos que no os queme más el aliento
que el último suspiro, el último ¡ay!
por no haber, ni siquiera, llorado a tiempo.

DESPEDIDAS

Curiosas las despedidas.

Normalmente quien despide se queda, sobre todo ahora, y es más fácil que nunca. “Reforma laboral”, lo llaman. Suena más bien a estafa.

Las despedidas de dos son otra cosa.

El que se despide se va y el otro se queda viéndole irse. Para eso sirve la espalda, le decía Miguelito a Mafalda.

Y es curioso, digo, porque en este caso quien se va no quiere irse y quien se queda no quiere que se vaya.

A lo mejor por eso las entrañas de quien se va huelen a que está muerto por dentro y los ojos de quien se queda lagrimean como si fuera importante.

Será que las espaldas guardan las lágrimas, y las despedidas nunca deberían ser para siempre.

Agradecimientos

La última página del libro es para dar las gracias a todas las personas que lo han hecho posible:

Lo primero, a todos los que habéis leído algo mío, ya sea en el blog Letropilatorio (al que os animo a entrar), o en los otros libros. Vuestro masoquismo ha provocado que me animara a volver a publicar.

Al comité de sabias que se tomaron la ardua tarea de leer, releer y valorar los escritos. La culpa de que esto surja también la tienen María, Olga, Mayte, Nuria y Cris.

Y por supuesto, a los mecenas, sin los cuales no hubiera salido adelante el proyecto. Gracias a Ojkar, primer mecenas :); a Peli, a Iñaki (Chaki) y a Lara; a Rober, a Jose Camioneta, al Moi, a Isa la Karpin, a Pepe; a Raquel, a Carlos, a Jaime, a Sonia, a Nuri, a Sofía, a Pilar; a Tomás, a Yors y a Félix; a a Mila, a María, a Alejandro, a Carlos, a Grace, a Raúl, a Ana, a Julia, a Sara, a Chema, a Noe, a Alba, Mateo y Roberto, a Jaime y a Gloria, a Marina, a Pilar, a Edu y a los Auleros en general; a Quino, a Antuan, a Bea, a Felipe, a Mari Ángeles, a María Y, a Carmen, a Alex, a Carlos, a Moisés, a José Miguel, a Alvarito, a Iknowhow Deustu; a Mónica, a Magda, a Manué, a Luz; a Irene, a Iñaki, al Java, a Jorjo, a Coco, a Marta, a Álvaro, al Lute, a Jonathan, a Rafa; a Raúl, a Isi, al Trilly y a Jorge el vallekano; a Celeste y Nines; a Anabel, a Lore, a Marga, a Dave, a Parrón&Manola, a Saray, al Patu; a Gabri, a Aroa, a Irene, a Anita, Sergio y Luca el Pollito, a Silvi, a Olga y a María otra vez, a Viriato5, a Nathalie, a Luca, Javi y Rosalie, a Cris, Asier, Unai y Luise, ya sabes; a Laura, a Fran e Isa, a Vale e Isabelo, a Ángeles y al Cantero, a Segundo y a Chon, a Sagrario, a Mon y Raúl, a Rakel, a Lour, a Gabi, a Antonio y Luci, a Paquito, Bea y Rober, a Silvia, a Mila y a Rafa, a Jose Ángel, a los Tostones en general.

A Didacticalia, a la librería Ángel Corral y a la Biblioteca de Malpica, por el apoyo. A mi Tata, al Foto, a Alberto, a Dañel y a la Espe, la Pachamama. Y a todos los futuros compradores y lectores del libro, porque vosotros difundiréis la palabra ;).

Y por último a Santi, que se ha currado la difusión, la maquetación, y la edición de los textos, que ha dejado el libro precioso, ilustrando mis letras y mis pensamientos, y que me ha arrastrado a su punto de locura genial que ha hecho que este proyecto haya merecido la alegría, más que la pena. Un placer laborar contigo, como siempre, amigo.

Un besazo a todos, y gracias por colaborar en este proyecto.



Entre Cuentos y Versos

ENTRE

Cuentos y Versos



A Daniel López Ruiz (1981), siempre le gustó martirizar a amigos y familiares con sus textos. Descarga sus letras desde hace años en su blog Letropilatorio. Publicó su primer libro de versos, W y V en el año 2006. En 2012 editó su segundo libro, Cuentos inciertos a verso descubierto, agrupando relatos y poemas escritos entre 2005 y 2011. Psicólogo Social de profesión y poeta de corazón, lanza en 2017 su nuevo libro: Entre Cuentos y Versos.

Daniel López Ruiz

Visita mi blog: [Letropilatorio](#)